



V.

SITIO DE MALTA.

1565.

Guerra de Córcega.—Obstrucción de la ría de Tetuán.—Castigo á los corsarios.—
Gran armamento en Turquía.—Va sobre Malta.—Ataca al fuerte de San Telmo.—
—Propone D. García de Toledo el socorro.—Pro y contra.—Vacilación del Rey.
—Burladores del bloqueo.



AL deshacer la armada del Peñón ordenó D. García de Toledo que una parte corriera las costas de Valencia y Cataluña, limpiándolas de corsarios; y mientras él iba á Sicilia á tomar posesión del vi-
reinato y organizarlo á su gusto, dió comisión á Juan Andrea Doria para ir á Córcega con sus galeras y las otras genovesas, conduciendo 14 banderas de españoles con que atender á la guerra renovada en la isla contra la dominación de la Señoría por un San Pietro, soldado y hombre de inteligencia, partidario de Francia ¹.

El General de la mar puso al Rey la obstrucción de la ría de Tetuán, que privaría á los corsarios de otra de sus principales madrigueras, asegurando el paso del estrecho de Gibraltar, y pareció la idea muy bien. De ella se encargó á D. Alvaro de Bazán, general de empuje, al que ya se confiaban las comisiones difíciles por lo que se advierte en las operaciones anteriores, é hizo los preparativos en consecuencia, poniéndose de acuerdo con el Gobernador portugués de



Ceuta, á fin de que la guarnición de esta plaza simulara un ataque con que distraer á los moros, llevándolos á su defensa por el interior.

No resultó la ejecución tan sencilla como en el plan se había concebido por los vientos atemporalados del estrecho, propios del mes de Marzo (1565), que retrasaron el paso de las embarcaciones. Cuando éstas llegaron á la boca del río ¹, remolcando D. Alvaro de Bazán con seis galeras otras tantas barcazas grandes, acudió gente desde la ciudad á estorbar las operaciones de reconocimiento y sondeo, disparando sobre los bergantines y esquifes que las verificaban, y fué menester desembarcar mangas de arcabuceros que la contuvieran escaramuzando.

Aquellas barcazas estaban macizadas con piedras grandes y mortero hidráulico, y costó trabajo hacerlas vencer la corriente é ir las llevando al sitio en que se afondaron en línea. Sobre ellas descargaron las galeras y bergantines la piedra suelta que con este objeto llevaban, y quedó formado un malecón sobre el que se podía pasar de una banda á otra del río sin mojarse las rodillas. Durante la faena llegaron á pie y á caballo más moros, juntándose unos 1.000, que dieron bastante que hacer á los marineros de los esquifes y á los soldados puestos en tierra antes que pudieran reembarcarse con cuatro muertos y 50 heridos, mas no sin causar al enemigo bastantes más y concluir satisfactoriamente la empresa, dejando encerradas é inútiles, por tanto, 12 fustas ².

Muy pronto se hizo sentir el efecto de los golpes, repetidos en Melilla al rechazar ataque de los berberiscos, en que quedaron muertos ó en cautividad más de 600; los corsarios

¹ Nómbranlo las relaciones Martil, modernamente Martin, y los moros Guadel-Jelú, ó Cuz.

² *Relación del suceso de la jornada del río de Tetuán que D. Álvaro de Bazán hizo....*, año 1565. Ms. Bibliot. Nacional, G. 52.—Cartas de D. Álvaro, *Colección Navarrete*, tomos xxxix y xl, y *Colección Sans de Barutell. Simancas*, art. 4.º, núm. 291. Preparó las barcazas y las situó en el río el ingeniero Esteban de Guillisástegui, maestro mayor del puente de Suazo en la isla gaditana. Asistió D. Alonso de Bazán, desembarcando en los esquifes con 400 tiradores, sostenido por la artillería de las galeras.



perdieron sus bríos y recobró la navegación costera el ordinario movimiento; mas no tardó tampoco en cohibirlo el rumor divulgado por el mundo de proyectar Solimán *el Grande* desquite que ahogara en Europa el eco de la coñquista del Peñón. Habiendo iniciado su soberanía larga y próspera arrojando á los caballeros sanjuanistas de la isla de Rodas, pensaba que no acabara sin echarlos de Malta, y, quitado el estorbo, de isla en isla apoderarse de Sicilia, adelantando su bandera en el camino de absoluto dominio del Mediterráneo.

Á este fin dispuso el apresto de la armada en Constantino-
pla en proporciones capaces de atemorizar á la cristiandad, á medida que oficiosos agentes las comunicaban con hipérbole. En realidad preparó 200 velas, de ellas 130 galeras, 30 galeotas, ocho mahonas ó buques transportes, 11 de alimacén y tres más, especiales caballerizas. Las naves llevaban tren de sitio descomunal formado con 64 piezas, cuatro basiliscos de á 170 libras de bala, un pedrero cuyos proyectiles median siete pies de circunferencia, 80.000 de todas suertes, 15.000 quintales de pólvora de cañón, 25.000 de la de arcabuz, sacos, pieles y efectos de parque. Las tropas de desembarco ascendían á 30.000 hombres ⁴, que habian de aumentarse con los contingentes de Dragut, de Trípoli y de Hassán, de Argel, como en efecto se reunieron luego, llevando el primero 13 galeotas, dos fustas y 3.000 hombres, y el otro 28 galeras y galeotas y 3.000 combatientes turcos y renegados, pues á los alárabes ni aun para carne de cañón querían.

En lo que Solimán se separó por esta vez de su costumbre fué en dividir el mando de tales fuerzas, reservando á Piali las de mar, y confiriendo las de tierra á Mustafá, general veterano de las guerras de Hungría. No podía ignorar, como de antiguo adquirieron griegos y romanos á su costa la experiencia, de lo que importa á un cuerpo tener una sola cabeza.

De las prevenciones se recibían á cada paso nuevas, así por los confidentes, como por las galeras destacadas en el archipiélago griego por D. García de Toledo á las órdenes de don

⁴ Los historiadores italianos los crecen á 38.000.



Juan de Cardóna, muerto el general D. Fadrique de Carvajal¹, y al compás se atendía á lo que la inquietud consideraba en riesgo más próximo: á las plazas de Africa, á las islas Baleares, á las fortalezas de Sicilia y de Nápoles, como á los pueblos de moriscos, ocasionando movimiento de soldados y de naves con que poner á prueba los recursos de la monarquía española.

Sobre las autoridades descollaba la actividad y previsión de D. García de Toledo, como Capitán general de la mar, acudiendo en persona á inspeccionar castillos y astilleros; á la Goleta, que con razón se suponía objetivo de los turcos; á Génova, lugar de suministro de galeras, de vitualla, y, sobre todo, de dinero; á Malta, punto avanzado, por la saña de los turcos en evidencia.

Juan de la Valette-Parisot, maestre de la Orden de San Juan, ante la inminencia del peligro, acudió á los príncipes cristianos en demanda de auxilio, exponiendo lo crítico de la situación y lo que á todos importaba aquel baluarte que tenía á cargo, de patrimonio común, de utilidad reconocida, cuartel internacional de la nobleza. No obstante, los soberanos hicieron oídos sordos, sin más excepción que la del Santo Padre, dispuesto á dar ayuda pecuniaria, y la del Rey Católico, que ofreció la más eficaz, de cualquier modo.

Al visitar la isla D. García de Toledo y conferenciar con el Maestre acerca de la mejora de las fortificaciones y medios de guardarlas, en prenda de interés dejó allí á su hijo D. Fadrique, joven de sobresalientes condiciones, con 400 soldados españoles y otros tantos italianos. Convinieron en la manera de comunicarse para el caso de ataque y bloqueo de la isla y en los medios prácticos de prolongar la defensa en cualquier evento.

Pero el Maestre, y acaso el mismo D. García, calculaban, por lo conocido de otras veces, que los turcos aparecieran en aquellos mares á mediados de Junio, y, por rareza, ocurrió presentarse un mes antes, tomando á los caballeros, si no des-

¹ En Enero de 1565.



apercibidos por entero, con menos prevención de la que les conviniera; lo uno por la prontitud, lo otro por la incertidumbre que en Juan de la Valette influía, haciéndole dejar para la última hora ciertos gastos que resultaran superfluos á dirigirse la armada enemiga á otro punto. No se pudo llevar á Sicilia la gente que en los sitios embaraza consumiendo raciones y agua sin utilidad; no se almacenaron los víveres que estaban presupuestos; no se recogió de los campos el ganado, ni se destruyeron alquerías, casas ó arrabales de que se pudiera aprovechar el enemigo; por último, no marcharon á tiempo cinco buenas galeras que los caballeros poseían armadas, y que hubieran sido de gran utilidad á D. García.

Lo mismo Piali que Mustafá creían, aunque no pasaran muchos días sin advertir que en cualquiera otra cosa difícilmente acordaban, que para el armamento puesto en sus manos era Malta poca cosa y que la estación había de consentirles apoderarse después de la Goleta y acaso de algún puerto de Sicilia en que poder invernar. Por ello habían anticipado la partida, halagados de la perspectiva; por ello sorprendía á los caballeros la vista de las 200 velas el 18 de Mayo de 1565, y habían de ver á poco las de Dragut, Uluch Ali, Hassán, juntas con las de Piali, Cortuculi, Ali Portuc; con las de los corsarios que por oficio llenaban los baños de cautivos y las arcas de escudos.

Conviene recordar que la isla de Malta, situada entre Sicilia y Africa, mide unas 60 millas italianas de bojeo. En el medio radicaba la llamada ciudad; en la costa, mirando á Sicilia, dos puertos, separados por una lengua estrecha de tierra, el de la izquierda llamado Marza Muscietto, y el otro la Marza ó Puerto Grande. El Burgo, fortaleza principal, se hallaba al otro lado, sostenida por las del Santo Angel y San Miguel. En la lengua de tierra dicha se alzaba el fuerte de San Telmo, guardando las dos bocas.

Cuatro días después del desembarco (al que el Maestre no hizo oposición) inicióse la disidencia entre los jefes turcos por querer el uno empezar el ataque por el Burgo, rendido el cual los otros fuertes harían poca resistencia, y empeñarse



Piali en dar principio por el de San Telmo, en razón á que, sometido éste (cuestión de cinco ó seis días), podían contar con el puerto de Marza Muscietto para abrigo de las galeras, que de otro modo tenían que estar constantemente expuestas en la mar.

Esta determinación (la peor para ellos por las resultas) prevaleció: el 24 de Mayo abrieron trinchera á 600 pasos del fuerte de San Telmo; plantaron á seguida dos baterías de cuatro y de 17 piezas gruesas, y en tanto que las baterías, distribuidas por el perímetro de la isla y con grandes grupos de guardia, impedían la comunicación, tronaban los cañones contra el fuerte, poco digno de este nombre por la amplitud ni por la solidez de los muros, capaces de la corta guarnición de 60 soldados. Reemplazados éstos á medida que sucumbían, como lo hicieron los lacedemonios, detuvieron, no obstante, á los turcos por tiempo cuatro veces mayor del que presumieron: los ocuparon hasta el 23 de Junio, obligándoles á emplear todos los recursos del arte de la guerra: minas, plataformas, puentes deshechos por los defensores con tanta habilidad como paciencia en aplicarlos los enemigos. Cerca de 6.000 murieron en los asaltos: Dragut, el piloto incomparable, el corsario audaz é inteligente, en no pocos conceptos superior á Barbarroja, su protector y maestro, cayó con aquéllos, destrozada la cabeza: Piali salió herido; los enfermos llenaron las tiendas..... ¿Qué decir de los caballeros y de los soldados de la Cruz, que, ciertos de su fin, por ganar horas hacían el sacrificio de la vida? La heroica acción, escrita para siempre en los fastos de la milicia con sus nombres, tiene que limitarse en estas páginas, á otro objeto encaminadas ¹.

¹ Cuenta el sitio de Malta con muchas historias especiales como hecho famoso. En España lo enaltecieron Francisco de Balbi Correggio, soldado que estuvo presente (*La verdadera relación de todo lo que ha sucedido en la isla de Malta*, dos ediciones. Alcalá, 1567, y Barcelona, 1568); Pedro de Salazar (*Hispania victrix*, Medina del Campo, 1570); Hipólito Sans (*La Malta*, Valencia, 1582); Diego de Santisteban Osorio (*Primera y segunda parte de las guerras de Malta y toma de Rodas*.... Madrid); Agustín de Andrés y Soviñas (*Malta invadida*, Madrid, 1761); José Calderón de la Barca (*Gloriosa defensa de Malta*, Madrid, 1796).—En Italia, Jacobo Bosio, hermano



Cumple más bien á ellas apuntar que durante las operaciones del sitio, á pesar de la vigilancia de los turcos y de la ligereza de las galeotas y fustas corsarias encargadas del bloqueo, ya en la obscuridad de la noche, ya valiéndose de lugares sólo de los prácticos conocidos, entraban ó salían embarcaciones menores informando á D. García de Toledo, día por día, de las ocurrencias. Conviene á la historia consignar estos hechos, con que se prueba que no hay dificultad tan grande que no sepan vencer la inteligencia y el arrojo, para que los ejemplos se aprovechen en ocasiones semejantes. El comendador de la Orden, Salvago, y el capitán español Miranda entraron en medio del día en el puerto, con una barquilla de cuatro remos, bajo el fuego de las galeras turcas. Una bala de cañón acertó al esquife, partiéndolo; pero consiguieron desembarcar los dos valientes. En otra ocasión llegó una galera de Sicilia á la boca de Porto Grande, con desembarazo que hizo á los turcos tener por loco al capitán. A él salieron seis ó siete galeras, y se les fué lindamente de entre las manos, hecho el reconocimiento á que iba.

Pero ¿qué hacía entonces D. García? ¿Cómo no determinaba el Rey el socorro ofrecido? El maestre la Valette no cesaba de pedirlo, repitiendo cartas á los potentados que era perder el tiempo; el Rey de Francia, si bien no dió á los turcos la licencia que solicitaban para invernar en sus puertos,

de la Orden (*Istoria della sacra religione di San Giovanni Gerosolimitano*, Roma, 1594); con otras de Castellani Forosemproní, Viperani, Grangei, de los años 1566 á 1582; en Francia, Pierre Gentil de Vendôme (París, 1567), etc. Prescott siguió, en su *Historia del reinado de Felipe II*, á Balbi; los escritores franceses han preferido á Bosio; mas por excepción, el almirante Jurien de La Gravière ha vestido á la moderna con elegancia y atractivo la difusa narración de Pedro de Salazar con título de *Les chevaliers de Malte et la Marine de Philippe II*, París, 1887, dos tomos. En Flandes se acuñaron seis medallas pequeñas con simbolismos varios, teniendo las principales un caballero armado en el anverso, con lema TVRCA FUGATO, 1565, y en el lado opuesto galera con la victoria en la popa, y alrededor MELITA LIBERATA. No será completa la enseñanza del lector por estas obras no procurándola con la *Correspondencia de Felipe II con D. García de Toledo y otros, de los años 1565 y 1566, sobre los preparativos para defender la Goleta, Malta y otros puntos contra la armada del Turco*, publicada en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomos xxix y xxx, Madrid, 1856. Bien se advierte que no la conoció D. Evaristo San Miguel al escribir su *Historia de Felipe II*.



por aparecer neutral en aquella contienda negó á los caballeros franceses de San Juan medios para acudir al lado de sus hermanos, y fué D. Felipe el que hubo de darles dos galeras á fin de que lo hicieran. D. Felipe; de él sólo pendía la esperanza de los hospitalarios. Los juicios que por entonces se formaron; los comentarios hechos posteriormente por los críticos con censura del Monarca y de su Virrey de Sicilia, Capitán general de la mar, tienen que sufrir corrección una vez conocida la correspondencia oficial cambiada entonces.

Ante todo es menester apartar la imaginación de los medios rapidísimos que hoy se conocen: en el año de gracia de 1565 tardaba cerca de un mes en llegar á Mesina una carta expedida de Madrid, y no menos de mes y medio, corriendo la posta, la respuesta de cualquier consulta urgente. D. García de Toledo, que no era hombre que desperdiciara minuto, teniendo dispuesto lo que de su autoridad pendía, y juzgando con claridad de los sucesos desde el primer momento, escribió al Rey en 31 de Mayo, el día mismo en que los turcos abrían las trincheras, presentando la cuestión en términos explícitos ¹.

La isla de Malta era la llave de Sicilia; si llegara á perderse sería necesario volverla á tomar para seguridad de los Estados españoles; y como de cierto se perdería no socorriéndola, se imponía el socorro como necesidad. Dos medios le ocurrían para hacerlo: uno, dar la batalla en la mar aventurando la armada, que era mucho menor, casi una mitad que la del turco, pero cuya inferioridad cabría disminuir eligiendo el personal y adoptando en el material precauciones que el jefe supiera aprovechar; otro, tentando el desembarco del ejército en la isla y dando la batalla en tierra con resguardo de la armada. El proponente estaba dispuesto á cualquiera de los dos, al que S. M., como juez de lo que más importaba, eligiera, siempre que para cualquiera de ellos pusiera á su disposición los soldados viejos españoles de Sicilia, Nápoles, Córcega, Milán y otros, en número suficiente. La materia no

¹ La carta integra en el apéndice núm. 2.



Don García de Toledo.





admitía término medio. Si se objetara que perdiendo la batalla de mar, y aventurando en ella la infantería y la armada, quedarían los reinos sin soldados y sin galeras, desnudos de defensa, respondía que á este peligro se tenía que llegar algún día, porque, pretendiendo S. M. el señorío de la mar y pretendiéndolo el turco, no era posible excusar la resolución del problema en las aguas; y habiendo de llegar á él, más valía arrostrarlo antes de haber perdido á Malta que después de perderse. Por ultimo, indicando procedimientos con que buscar el éxito por uno ú otro camino, parecía deber acudirse á los inconvenientes mayores, y no por lo que estaba por venir dejar de remediar lo presente.

En la propuesta insistió D. García una y otra vez al correr el tiempo, escribiendo ahincadamente al secretario del despacho de Marina, Francisco de Eraso, á su pariente el Duque de Alba, á muchas personas de influencia, á fin de que inclinaran el ánimo del Rey á una resolución pronta; mas D. Felipe pensaba sesudamente que no era la suerte de Malta, sino la de Italia, y acaso la de Europa, la que se iba á jugar, y sentía vacilación y angustia en el ánimo. Consideraba el peligro inmediato de desguarnecer á los reinos de las mejores tropas, y la resistencia de los virreyes y gobernadores á desprenderse de la principal garantía de seguridad en aquella crisis; el riesgo de la armada con tantos afanes empezada á levantar de la postración; mil pensamientos acudían á su mente, de los que se ofrecen al que sobre los hombros resiste el peso enorme de la responsabilidad. Engañándose á sí mismo, queriendo tal vez dar tiempo al tiempo, recurso favorito de la indecisión, contestaba otorgando á D. García facultades amplísimas, extraordinarias. «Habiendo visto y entendido particularmente lo que nos habeis escripto cerca de los fines que pensais tener en todos casos, que nos han parecido y parecen muy bien tocados y apuntados, os lo tornamos de nuevo a remitir para que, pues os hallais presente y sabeis el armada que es, y el número de gente y otras provisiones que traen, y lo que piensan hacer, y con el recaudo que dejaran lo de la mar y el que ternán en tierra, así elijais



lo que se debe tentar y hacer para socorrer y procurar de divertir los enemigos ofendiéndolos por la parte que os mostrará el tiempo y las ocasiones que se suelen ofrecer, de manera que se conserven nuestros Estados y esa armada, de donde depende el bien y utilidad de todo» ¹.

Tal ambigüedad, sin concesión de los soldados españoles que detenía á cambio de la autorización para levantar en Italia cuantos al General de la mar pareciera, inspiraban á éste la contestación de que «los italianos reclutados en dos dias serían mejores para detrás de un foso ó de una buena pared que para hacer murallas de sus cuerpos en las crujías de las galeras».

En 18 de Junio firmaba D. Felipe nueva carta, diciendo: «Aunque os tenemos remitido diversas veces lo que toca á lo que debíais hacer con nuestra armada en ofension de los enemigos y socorro de las plazas sobre que se pusieren, y en divertirlos y entretenerlos, por no poderseos ordenar de acá precisamente otra cosa, dependiendo como depende de las ocasiones y casos que cada hora se ofrescen y acaescen en la guerra en mar y en tierra, os lo tornamos á remitir de nuevo» ².

Con todo, ordenó al Virrey de Nápoles y al Gobernador de Milán la entrega á D. García de la infantería española de aquellos Estados, primer paso vencido á la vacilación; y estrechado con la nueva de haberse perdido el castillo de San Telmo, acabó de decidirle un párrafo del General así redactado ³:

«Es forzoso que V. M. me mande lo que más fuere su servicio, y se resuelva sin remitirse á determinacion mia, pues he dicho en esto lo que sé y puedo decir. Quédame sólo añadir que lo que se me mandare procuraré que se haga con toda la ventaja que como marinero ó soldado yo supiere ó pudiere; y así espero en Dios, en cuya mano está todo, que

¹ Carta del Rey, fecha 10 de Junio. *Documentos inéditos*, t. xxix, pág. 184.

² El mismo tomo, pág. 222.

³ Idem, pág. 250.



por mí no quedará nada que hacer para servir la merced de la confianza que V. M. ha hecho de mí. Y torno a suplicar humildemente a V. M. me mande lo que es servido que haga, porque de no hacello podría suceder gran inconveniente.»

Suscribió, esto visto, la orden deseada así: «Cuanto a los dos remedios que escribís os parece que puede haber para socorrer a Malta, el uno de combatir en la mar con la armada del turco, y el otro procurar de echar y poner en tierra hasta doce mil soldados de los mejores y más útiles de los que pudiéredes juntar, he visto y particularmente entendido las dificultades e inconvenientes que os ocurren y proponéis que hay en ambas cosas y cada una dellas, que son como de quien tanta experiencia y prevencion tiene y muy dignas de consideracion, y por esto, en lo que toca a pelear con la dicha armada, en ninguna manera se puede ni debe hacer, y así os lo mandamos expresamente, porque la desigualdad es tan grande, y lo del ayuda de las cincuenta naos tan incierto por las causas que apuntáis, que no solo sería aventurar y poner en notorio riesgo lo de la cristiandad, pero nuestros Estados; y subcediendo como podría ser en razon desbarataros, quedar sin posibilidad de tornar a armar en mucho tiempo, segun las dificultades que ha mostrado la experiencia que hay, y reforzar y acrecentar los enemigos, que si tuviesen a Malta e invernasen por acá, como lo harían, ya veis en el extremo que pornía nuestras cosas, y cuantos de los que agora están suspensos se declararían y alterarían.»

Ordenaba á seguida que hiciera el socorro tentando lo de la tierra, «pudiéndolo hacer sin evidente peligro de perder las galeras», con prevenciones secundarias relativas á designación de jefes. La cédula tiene data del Bosque de Segovia, á 27 de Julio; y habiendo llegado á Mesina á mediados de Agosto, antes de tratar de la ejecución precisa referir ocurrencias durante el cambio de comunicaciones, ó más bien desde que el fuerte de San Telmo se rindió, la víspera de San Juan Bautista.



Pocos días antes de esta fecha memorable se había procurado introducir en la isla un refuerzo preparado en Sicilia con 400 soldados y 20 artilleros. Embarcaron en dos galeras sutiles conducidas por Enrique de la Valette Cornussor, sobrino del Maestre: en nadie podía suponerse interes mayor. No hizo, sin embargo, la recalada con las precauciones requeridas por el servicio, ejercitando la astucia del corsario ó del contrabandista, que era lo que por entonces era menester: quizá por impaciencia se presentó al descubierto, y saliendo al encuentro los bloqueadores le dieron caza por largo espacio, haciéndole bogar desesperadamente para volver á Sicilia.

Dispuso entonces el Virrey encomendar la empresa al general D. Juan de Cardona con cuatro galeras y fuerza de mayor consideración: llevaría al maestre de campo Melchor de Robles con su compañía de españoles; otra de italianos escogidos; los artilleros; 140 caballeros de San Juan italianos, franceses y españoles, sus criados, voluntarios de nombre ilustre, D. Diego Hurtado de Mendoza, hermano del Duque del Infantado, D. Marco de Mendoza, que lo era del Conde de Monteagudo, con otros tales; en suma, 600 hombres de gran utilidad.

Cardona atracó de noche la isla por la parte del Sur en lugar solitario y áspero, llamado Piedra Negra: echó en tierra un soldado despierto, llamado Juan Martínez de Luvenia, para reconocer si el campo estaba libre, y se desatraco por ser gruesa la mar y peligrosa la costa. Al volver la barca, no pudo encontrar á las galeras en la obscuridad; D. Juan la estimó perdida, por lo que antes de amanecer arribó al Pozal en Sicilia, de donde había salido. Allá llegó tras las galeras un caballero con instancias que movieron al General á repetir el intento, como lo hizo, aguantándose de día en la mar, desarboladas las galeras; aproximándose de noche con cuidado. Una hoguera que encendieron en la playa como señal de hallarse franca, alarmó á D. Juan pensando fuera lazo que le tendían los turcos; segunda vez volvió al Pozal, «y fué yerro grandísimo (escribía D. García de Toledo al Rey) no



reconocer el fuego; pero tampoco es posible dejar de errar los hombres». Póngase cualquiera en el lugar de Cardona tratando de juzgarle con severidad.

A la tercera vez, sirviéndose de contraseñas que le llevó el soldado Martínez, desembarcó con facilidad a toda la gente. Se había perdido tiempo precioso; el alijo se verificó en la noche del 28 de Junio; San Telmo había sido tomado ya ¹. Llegaban los soldados, con todo, en momento oportuno; así los recibieron con lágrimas de gozo el Maestre y caballeros. Algo después, asegurada la comunicación por medio de señales de luces, volvieron las galeras regidas por D. Juan Sa-noguera, que lo hizo muy bien, acercándose a la boca del puerto; mas vió la indicación de retirarse, y lo efectuó; estaba la plaza circunvalada.

¹ Es de interés al conocimiento de ocurrencias sucesivas anotar que, tan pronto como llegó a Venecia la noticia, envió la Señoría embajada congratulatoria á Solimán, expresándole que, si acabada la conquista de la isla de Malta, quería cambiarla por otra cosa de su agrado, se negociaría. (*Papiers d'état du Cardinal de Granvelle*, t. IX.)

